miento. Los *sonetos amorosos* de Sor Juana, fuera de unas cuantas excepciones en las que expresa una alma conmovida, son juegos de espíritu, delicadísimos laberintos de la razón y del juicio que la poetisa gusta de recorrer para luego salir de ellos triunfante.

La vèna satírica no falta a la musa de esta musa mexicana. Los sonetos burlescos son prueba del agudo estilo, quevedista por momentos, de la monja que sabe burlar a un estupendo cornudo o a una mujer dadivosa de sus encantos.

Hija de su tiempo, Sor Juana dedica varios sonetos a exaltar los méritos de los Virreyes de la Nueva España bajo cuyo gobierno vivió y que la consideraron amiga suya. El Marqués de Mancera, el Duque de Veragua . . . y la delicada Condesa de Paredes, ofrecieron a Sor Juana motivos de inspiración muy sutiles. El arribo de un nuevo virrey, la muerte de otro, la muerte del soberano español son cantados por Sor Juana en esos bellos sonetos que en la nítida edición de Xavier Villaurrutia están clasificados como de homenaje.

Se ha exaltado el espíritu religioso de la Décima Musa. Se ha dicho que era religiosa en extremo. Sin embargo, los sonetos de inspiración y tema religiosos son apenas unos cuantos.

Ninguna forma poética ha conservado, a través del tiempo, su poder de atracción como el soneto—murmura Xavier—los poetas modernos lo buscan y lo cultivan; acaso, por su seriedad y su fuerza plástica, escultórica, el soneto, como forma propia para la poesía, no envejece, no envejecerá jamás.

Escucho a Xavier y creo que tiene razón. Estos sonetos de Sor Juana Inés de la Cruz que por primera vez se presentan en una edición completa, depurada en sus textos, modernizada en su ortografía, revisada y puntuada lógicamente, grata a la vista tanto como al espíritu, serán el regalo de los aficionados inteligentes, y el instrumento de estudio de los profesionales de la crítica literaria de habla española.

Guillermo Jiménez

México, D. F. 1931.

Letras italianas

Desear y querer

=Traducción y envio de *José Fabio Garnier*=

Todo el que, haciendo vida activa, deba servirse de colaboradores o se vea obligado a deshacerse de ellos porque sólo dificultades le acarrean, tiene ocasión de observar diariamente, con no poco disgusto, fastidio y dolor, que existen hombres que parecen atacados de parálisis de la voluntad. Tales observaciones resultan tan frecuentes que obligan a formarse, en la memoria, una serie de tipos psicológicos en los que se recogen todas las semejanzas y todas las variedades; cuando se encuentran diferentes casos los saludamos como a viejos conocidos, los comparamos con uno de los tipos psicológicos establecidos y en consecuencia los tratamos. En primer lugar, *el hombre fantástico:* cuántas veces no tropezamos con él, en cuántas ocasiones no nos ilusionamos con sus ilusiones; cuántas veces no nos engañamos con sus esperanzas y al fin, desesperados, renunciamos a tomarlo en serio! El hombre que fácilmente forma proyectos y se impone propósitos, el que, cuando los ha formado, cuando los ha acariciado con la mente, cuando de ellos ha hablado como de cosas que realmente han de suceder, los deja caer en la nada, de pronto o , a la primera tentativa de realización los vé disminuídos, prosaicos y de ellos se aleja con repugnancia y enseguida vuelve a formar otros proyectos, a acariciar otros propósitos con el mismo éxito o con el mismo fracaso, como se quiera calificarlo. Pero el fracaso suyo que muy pronto nos desilusiona, a él no le causa escepticismo alguno; tanto es espontánea e irresistible, en él, esa germinación constante de proyectos y de propósitos. Tenemos, enseguida, *el perplejo, el miedoso,* que ante cada acto que debe llevar a cabo, se vé con la mente poblada por los fantasmas de las posibles consecuencias nocivas de su acción y desea tomar todas las precauciones contra ellas; como tales posibilidades son infinitas, cae de un temor en otro temor sin resolverse nunca a actuar. Y viene ahora el hombre perseguido por las desventuras, *esclavo del pasado,* que no vuelve, que no se adapta al presente ante el cual permanece inactivo.

Detengámonos a considerar estos tres tipos. ¿Qué es lo que a todos ellos les falta? Al primero, se dirá, el talento de concretar, al segundo el valor, al tercero el placer de vivir. Es decir, a todos les hace falta una sola cosa: la fuerza de voluntad que es, a un tiempo mismo, talento para concretar, valor y amor profundo a la vida.

¿Y qué poseen en cambio? Nada, absolutamente nada: y es ésta la razón primordial de su angustia profunda.

Ciertamente, cada uno de ellos siente agitarse en su propia fantasía imágenes, como si fuera poeta, y en su cerebro siente que se elaboran reflexiones y juicios, como si fuese pensador. Pero si tienen imágenes, consecuencias o choques de imágenes, en realidad no poseen la imagen; si elaboran reflexiones o pensamientos, en realidad no son dueños del pensamiento. Debido a esa circunstancia no experimentan ni satisfacción ni alegría, para sentir las cuales sería necesaria la fuerza que precisamente les falta; la voluntad de contemplar o de investigar, la voluntad del artista o del pensador. Alguno se salva del fracaso diciéndose a sí mismo o actuando como si se hubiese dicho lo siguiente:—Soy un desgraciado, soy uno que nada sabe llevar a cabo, soy un temeroso, un hombre anulado por el dolor;—y con el calificarse ante sí mismo, analizando sus propias capacidades a modo de filósofo, hundiéndose en la lírica y en la confesión (en la poesía o en la íntima confidencia a un corazón amigo) obtiene un consuelo que disminuye en forma más o menos duradera sus males, ya que se acoge a un aspeco nuevo de voluntad y de actividad.

Los otros, los que no se entregan a esa actividad que es contemplación y es meditación, los que no alcanzan a obrar prácticamente, pronto se ven dominados por la nada. Su agitación de almas se hunde en la negación de la vida: se hunde en la perversión, en la locura, en el suicidio, en una palabra, en la muerte inevitable del individuo.

Las descripciones que rápidamente he tratado de hacer, son empíricas; por eso he hablado de "tipos"; pero en cada uno de ellos se ve, como al través de una lente (aún cuando bastante alterado a causa de la ampliación) el eterno proceso volitivo en sus antítesis profundas. De la descripción típica y de su carácter abstracto pasemos ahora a la realidad concreta; y se observará que los que nos aparecían como hechos distintos, fáciles de separar de otros hechos, se presentan a nuestra investigación como un momento conexo a todo acto de voluntad nuestro: el momento de la fantasía, del miedo, de la inercia, de la locura: el momento de la pasividad.

Ese momento lo he llamado, en otra ocasión, el instante de los deseos, definiendo el deseo como voluntad ansiosa de lo imposible o, lo que es lo mismo, voluntad imposible. El deseo, que ya no es ni contemplación ni pensamiento, todavía no ha logrado ser voluntad: se encuentra en el proceso volitivo como aquello que no se puede ni se debe querer. No le es posible volver a ser mera contemplación o pensamiento, puesto que el espíritu ha recorrido ya esa etapa y nunca hace dos veces el mismo camino; no es voluntad tampoco puesto que no le son aplicables las condiciones de la voluntad y quiere sin querer. Contradicción que no tiene realidad en sí misma y que designa precisamente el tránsito de la teoría a la práctica: es, precisamente, este tránsito mismo.

En la esfera moral, este momento antitético del desear está bien definido como tendencia utilitaria y por lo tanto egoísta que se enfrenta a la fuerza ética y por ésta es vencida. Pero también en la esfera utilitaria ese momento toma las apariencias de la voluntad anti-económica y nociva que se ve dominada por la voluntad del propio bien o del placer propio.

Aquí se nos presenta una objeción que vendría a poner en duda la distinción de una esfera utilitaria. Se dice: Y enton-

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "